

LIBROS

Hombres que navegan

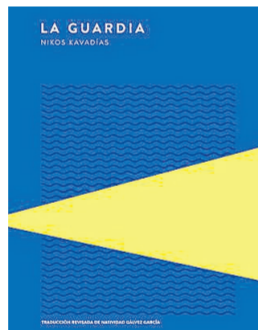
“La guardia”, la única novela que publicó en vida el poeta y marinero griego **Nikos Kavadiás**

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Sus nombres resuenan como bronce antiguos: Diamandis, Linacherás, Polijronis, Yácumos, Yerásimos. Y sin embargo, no son héroes de cierta guerra extinta, cantada por un rapsoda legendario, sino los miembros del “Piteas”, un carguero de cinco mil toneladas, con calderas y motor de doble explosión, que en algún momento del siglo veinte se mueve en las proximidades de la costa de Singapur y cuya tripulación protagoniza “La guardia”, la única novela que el poeta y marinero **Nikos Kavadiás** publicó en vida.

Referir la doble condición de poeta y marinero de Kavadiás parece pertinente para acatar las razones de este libro singular, amargo y divertido, obscuro y hermosísimo, elocuente y elusivo, capaz de mover al desagrado por explícito y a la vez construido en torno a elipsis memorables. La poesía es el fundamento, la decisión expresiva que articula la obra de Kavadiás, un flujo constante que desmonta cualquier atisbo de organización del material narrativo en beneficio de decantar un aluvión de historias, ese sustrato casi mítico que invade al lector mediante el elenco furioso de mapas, aventuras de alcoba, instantes fugitivos. La tripulación del “Piteas”, con la excusa de las guardias nocturnas, habla y habla hasta la extenuación, y al recordar su vida sin fronteras, conmemora esa metáfora de metáforas que es el mar, ese tejido inconstante que **Esquilo**, en su “Agamenón”, caracterizó valiéndose de un único adjetivo: inagotable.

El alimento de esa poesía augusta y terrible de las guardias nocturnas es heterogéneo. Son las madres que velan en tierra firme y las prostitutas que aguardan en cada puerto; son las aduanas y los mercados donde cabe todo el asombro ante lo humano y su desmesura; son la enfermedad y el robo, la vesania y la solidaridad, la rara dignidad de esos hombres sin país que hoy están en Adén y mañana atracan en Huelva, que se duermen en Colombo y despiertan en San Francisco. Kavadiás, que ofició como radiotelegrafista de la marina mercante entre los años 1939 y 1974, metaboliza esa fecunda experiencia en un texto que generará resonancias seguras (**Genet** y **Duras**, en mi caso), pero que a la postre, como sucede con ciertas creaciones difíciles de olvidar, establece un territorio sin epígonos, no compartido. De hecho, la sensación dominante que “La guardia” procura es la de asistir a un parto permanente, a la plasmación de una experiencia tan íntima que no admite impostura o manipulación, ni siquiera la propia de los mecanismos ficcionales. Episodios como el del corazón palpitante del tiburón, el encuentro sexual con la mujer laringectomizada o el hallazgo del cadáver sin rostro de Melusina predisponen a una violencia ritual, anhedónica, y sin embargo Kavadiás convierte esos feroces instantes, auténticas huellas mnémicas en la conciencia del narrador, en hitos de una realidad alucinada y polidéctica, capaces de lograr que “La guardia” merezca a un tiempo, y sin que medie paradoja en ello, el radical elogio que **Pierre Michon** destinó a la auténtica literatura, el de encarnarse en obras que sean intolerables y sin embargo bellas.



La guardia
Nikos Kavadiás

Traducción de Nativity Gálvez

Trotalibros
264 páginas
21,95 euros

ACARREOS

Los helechos

Olga Novo refleja en “Felizidad”, Premio Nacional de Poesía 2020, la singular coexistencia de lo particular y lo común

FERNANDO MENÉNDEZ

La profesora nos mandó hacer un herbario. A una edad en que hay cantidad de palabras con el brillo de la novedad, le pedimos varias veces que nos explicara bien en qué consistía eso de “hacer un herbario”. Sin perder nunca la paciencia, reiteró sus explicaciones hasta que, en apariencia, la cosa quedó clara.

Era un sábado lluvioso. Acompañado por mi abuelo, salimos a recoger hojas y hierbas con el fin de satisfacer la tarea que se me había encomendado. A mí, todo hay que decirlo, no me acababa de convencer mucho la idea de arrancar hojas y pegarlas en cartulinas. Lo que sí me atraía era buscar y escribir los nombres científicos de cada planta. El latín sonaba muy misterioso en los oídos de un crío.

Después de trasegar y husmear desde bien temprano, las hojas de helecho ganaban por mayoría. No iba a ser precisamente un herbario que mostrase mucha diversidad. Mi abuelo lo justificaba diciendo que los helechos son los gorriones de las plantas. Yo, claro está, no entendí absolutamente nada. Fue con el paso del tiempo cuando descubrí qué quería decir mi abuelo: el gorrón, el helecho, son seres vivos discretos, humildes pero resistentes. Con facilidad para adaptarse. Que se conforman con poco. Quizás mi abuelo quería enseñarme una lección por anticipado, el caso es que esta anécdota del pasado me sirvió para comprender y celebrar que la última sección de “Felizidad”, el libro de la poeta gallega **Olga Novo**, titulada “Armonía fractal”, incluya nada más que este humilde y resistente verso: “Feliz como un helecho”. Me pareció lo más normal del mundo que un libro como “Felizidad” (“Feliz Idade”, en el gallego original) concluyera aludiendo a los helechos. Los poemas del laureado libro de Olga Novo (Premio Nacional de Poesía 2020) perpetúan y am-



Felizidad

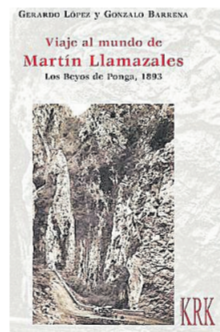
Olga Novo

Traducción y notas de Xoán Abeleira

Olifante, 155 páginas, 15 euros

La perseverancia de la poesía es la perseverancia de la anomalía

plian ese vínculo que tiene el lenguaje de la gallega con la naturaleza, la entraña del campo que ella habita. En la vida no hay compartimentos estancos, de la misma forma que los helechos crecen donde pueden. “Felizidad” es un libro de duelo y de celebración. De un duelo paradójicamente celebratorio, de una celebración conscientemente responsable.



Viaje al mundo de Martín Llamazales

Gerardo López y Gonzalo Barrena

KRK Ediciones, 222 páginas, 18,95 euros

después de que se publicara “La Regenta”.

El viaje de Oviedo a Precendi es una narración épica de lo que suponía viajar en aquel entonces. De la capital a Infiesu en tren, hasta el final de la vía. De aquí en diligencia hasta les Arriendes, con cambio hasta Cangas de Onís, donde un carro de la fonda de Casa Casar, Precendi, le espera a título particular para llevarle, exhausto, a su destino después de casi catorce horas de viaje. Horas que W. no malgasta, anotando los detalles más curiosos de sus sucesivos acompañantes y ponderando sobre el paisaje que se desarrolla lentamente desde la ventanilla. Y aún le queda un duro trecho en carro al

La poesía es un género que medra en la encrucijada vital del poeta. En la vida de Novo se cruza la alegría por el nacimiento de su hija con el dolor por la enfermedad y el posterior fallecimiento de su padre. El libro resultante es coherente con su obra previa, pero la polifonía de temas, referencias, voces es, creo yo, más intensa en esta ocasión.

Lo comunal y lo privado se juntan y se van desgranando en sucesivos poemas (“Zona tigre”, “Tamtam republicano”) y de un libro como “Felizidad” se espera un lugar donde **Borges**, los tigres y un tractor comprado con los esforzados ahorros de un labriego convivan. La perseverancia de la poesía es la perseverancia de la anomalía.

“Pero nunca puede una imaginar / que la sangre de su padre vaya a retrotraerse / precisa como un polen / hasta convertido en el niño que fue y que nunca se fue de él / guardado en el fondo de un arcón de cromosomas entre granos de centeno y de pobreza. / Eso no”. La asiduidad con que la autora de Vilarmao recurre a imágenes de la naturaleza responde a su propia identidad, nada que ver con la tendencia actual de recurrir al campo o a esa España vacía, vaciada o deshuesada.

Sobre los hombros o los restos de estos lugares se está edificando una literatura más de turista bien intencionado que otra cosa. Para comprobar hasta qué punto la procedencia de un autor puede asumirse casi como una poética y no como la construcción de una identidad beligerante es preciso leer la poesía de Novo.

¿Nombre científico del helecho? Polypodiophyta.

día siguiente para llegar a Tolivia, su destino, ya que “de Precendi para arriba se cierran el paisaje y la mercadería”.

La segunda parte recoge lo que acontece a Martín allá en Llué, durante los mismos días en que W., ya en Tolivia con la familia de aquel, oye comentar cómo la cellisca no les permite subir a un alto a “echar una voz” al hijo pastor para saber que todo va bien por allá arriba. Allí las cosas iban mal, con la muerte de la mujer de Martín y la narración de los siete días que éste vivió esperando a que cesara de nevar y poder bajarla al camposanto de Tolivia. Martín no puede cesar en su quehacer diario, cazar y pescar para comer, cuidar del ganado y defender el cadáver del acoso de los lobos hambrientos.

Los autores, **Gerardo López** y **Gonzalo Barrena**, vinculados ambos a la zona que retratan, se complementan perfectamente en su labor de escritura, posiblemente movidos por el indudable interés de inscribir para el futuro el conocimiento que tienen de nuestro pasado, a lo que contribuye el glosario de once páginas donde se recogen los términos de la toponimia, de la botánica y de los utensilios y las prácticas para la supervivencia en Ponga. Llué y Tolivia son hoy lugares abandonados, adonde se puede llegar no sin dificultad con unas buenas botas y un tiempo propicio, de lo que no disfrutó Martínón hace un siglo y cuarto, cuando “las cuestras de Llué sólo las subía el invierno”.



La música antigua en España

La urgente necesidad de lograr una política nacional cohesionada en un ámbito en plena eclosión

COSME MARINA

Si observamos el panorama de la interpretación y el desarrollo de la música antigua en nuestro país hace no más de dos o tres décadas, la imagen del mismo era desoladora; precariedad absoluta en múltiples frentes: falta de sólidos criterios musicológicos que propiciasen la puesta en valor del riquísimo y desconocido patrimonio español, escasos intérpretes de relieve, casi nulo apoyo de las administraciones y un total desconocimiento del repertorio, excepto en un muy contado ramillete de compositores, por parte del público y también de los programadores.

Unos pocos pioneros se aventuraron a luchar contra un ambiente hostil, en medio de incomprendiones varias y de múltiples contratiempos que amilanaron al sector pero que, a la vez, le permitieron sembrar y abrir camino. Gracias a ellos hoy la realidad es muy distinta. Vivimos una eclosión de la música antigua en España y nuestras formaciones empiezan a estar ya presentes en los circuitos nacionales y en los internacionales y, además, con todo tipo de repertorio. El cambio ha llegado en las más variadas direcciones: el desarrollo de la musicología ha sido espectacular, también la formación de los nuevos talentos y la progresiva sensibilización de las administraciones.

Prácticamente todos los auditorios y festivales tienen integrados con normalidad a los intérpretes nacionales compartiendo escenario con los extranjeros. Un hecho, este, natural, porque, al final, la música no tiene fronteras y es la calidad el factor principal a tener en cuenta. Y la excelencia es la vía a través de la cual se obtiene el favor del público.

Cuando en Oviedo apostamos por presentar un festival temático centrado en la música barroca en colaboración con el Centro Nacional de Difusión Musical, la idea de partida fue clara y decidida: de los seis proyectos, al menos la mitad debían estar liderados por agru-

paciones españolas. Esta decisión ha permitido unos resultados artísticos relevantes y, a la vez, la recuperación patrimonial de obras que, por fin, se ponían al alcance del público tras siglos de olvido. La implicación es clave en este proceso, sobre todo, porque hay una nueva generación de intérpretes muy activos que se organizan y que han configurado un tejido que, sin duda, continuará creciendo en los próximos años.

Aún queda mucho trabajo por delante. No estamos homologados en el contexto europeo y las consecuencias de la pandemia pueden llevar a un retroceso. En otros países de nuestro entorno las instituciones nacionales tienen un sustento proactivo a las agrupaciones, muy centrado, precisamente, en el apoyo a proyectos concretos y giras. Aquí hay ayudas, pero no tienen la misma entidad ni están estructuradas con la coherencia debida. Debe habilitarse un proceso de apoyo en el cual los grupos presenten sus proyectos para el ejercicio siguiente y sepan, con la antelación debida, la ayuda que van a tener. De este modo, las giras se optimizarían y los costes quedarían reducidos de manera notable. Es esta una de las ventajas que tienen otros grupos comunitarios frente a los nuestros: saben con qué cuentan a la hora de ofrecer sus proyectos.

Del mismo modo, los circuitos –y ahí ya tienen más responsabilidad las administraciones locales y regionales– han de recuperar el vigor que desde la anterior crisis han perdido. Estas dos premisas harían que los canales de difusión de la música antigua se ensanchasen y también permitiesen un crecimiento progresivo en el alcance de cada convocatoria, con formatos más amplios y mayor diversidad.

Es un compromiso a múltiples bandas que, sin duda, ha de tener un liderazgo nacional, una amplitud de miras por parte del Ministerio de Cultura a la hora de estructurar, también en este ámbito, una política cultura de estado. Es una asignatura pendiente que se puede resolver sin necesidad de grandísimos alardes presupuestarios. El asentamiento de una nueva generación de músicos de talento y enorme potencial de crecimiento bien merece el esfuerzo de todos los implicados. Los procesos culturales han de estar integrados en el contexto europeo. A veces se escuchan quejas por actuaciones de músicos extranjeros en nuestro país. Esto es un error y desvía del verdadero objetivo, que es el del crecimiento del sector nacional que tiene que llegar también de su trabajo fuera de nuestras fronteras. El proteccionismo musical por sí mismo ha resultado una catástrofe, y hay muchos ejemplos al respecto en el pasado. El público tiene que escuchar a nuestras agrupaciones y a las de fuera y el público de otros países también ha de tener la opción de escuchar a los españoles. Por esta mentalidad pasa la verdadera ambición artística; lo otro revela perspectivas pobres, carentes de relieve.

España ha hecho un gran esfuerzo de apoyo en democracia a la música patrimonial: en las universidades, en los conservatorios, en las infraestructuras, en las orquestas sinfónicas. Ha llegado la hora de la música antigua y de dejar ver al mundo que aquí también somos una potencia cultural.